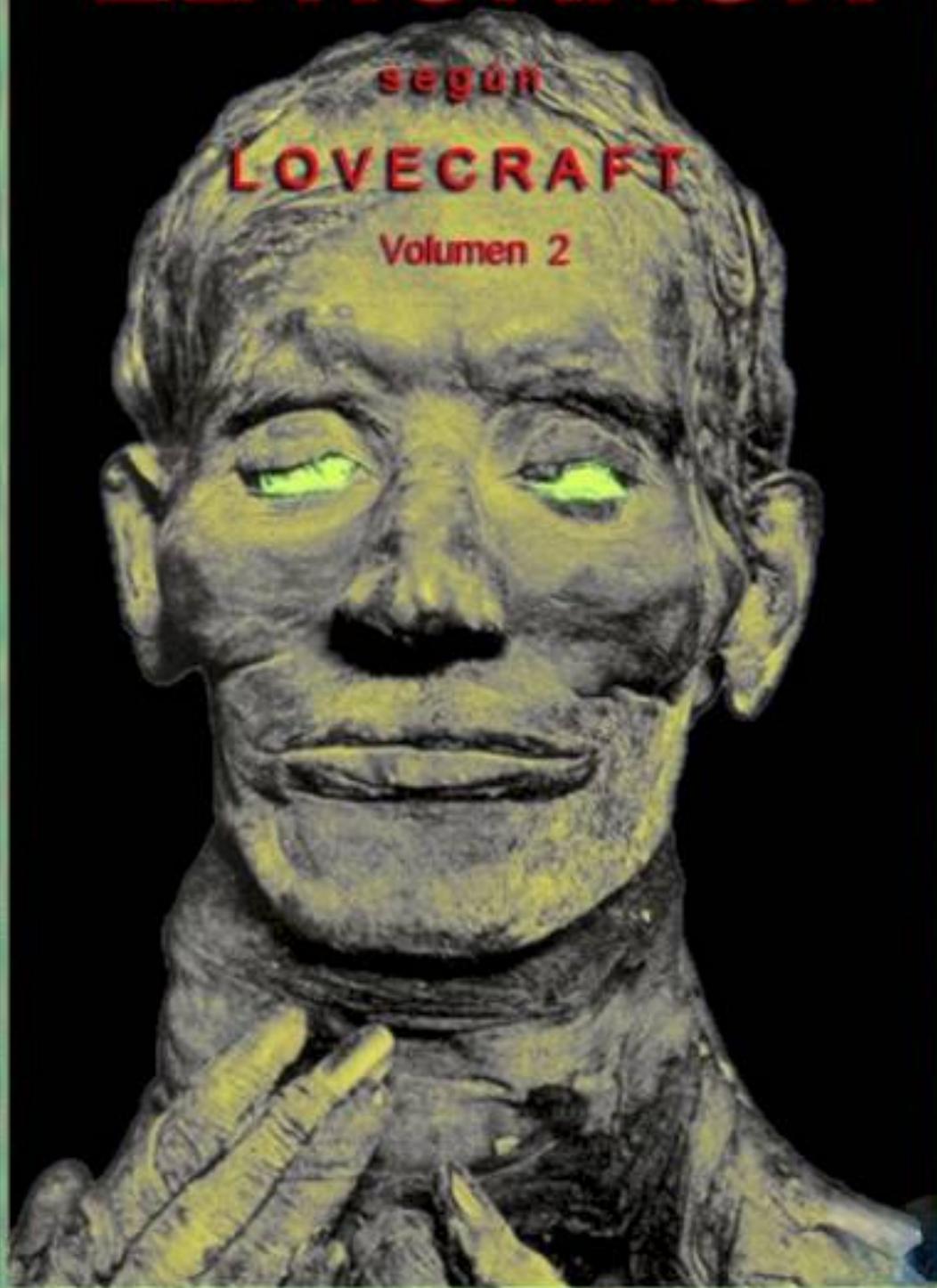


EL HORROR

según

LOVECRAFT

Volumen 2



En este segundo volumen se completa el representativo panorama de conjunto del horror en la literatura según el personal criterio de H.P.L., para el cual las mejores muestras del género han sido escritas por autores que poseen un universo propio o bien están poseídos.

La selección incluye a los (en su opinión) cuatro maestros modernos del género: Machen, Blackwood, M. R. James y Lord Dunsany, de los que se ofrecen los textos favoritos de Lovecraft. Junto a ellos aparecen otros autores que asimismo gozaron de la predilección del escritor de Providence. Como el visionario William Hope Hodgson, de tanta influencia en todo el opus lovecraftiano y en especial en su ciclo de Cthulhu; o el conocido pionero de la ciencia-ficción H. G. Wells, también esporádico cultivador del género espectral; o el polifacético escritor y guionista alemán H. H. Ewers, promotor del expresionismo cinematográfico y único representante en esta antología de una literatura poco propicia al terror pese a haber sido la principal impulsora del romanticismo y de los primeros cuentos de miedo; o el "raro" e infravalorado M. P. Shiel, de vida tan extravagante y fabulosa como su casi desconocida obra; o el singular poeta y cuentista Walter de la Mare, que revolucionó el horror cósmico con una serie de volúmenes de relatos cuya última entrega publicó cumplidos los ochenta años; o el también poeta y escultor Clark Ashton Smith, compatriota y amigo personal de H.P.L., con quien formaría, en unión de Robert E. Howard, el célebre trío de mosqueteros de la legendaria revista *Weird Tales*. Cierra el tomo el propio Lovecraft con uno de sus más significativos relatos pertenecientes a la mitología de Cthulhu, la parte más original e influyente de toda su obra.

Arthur Machen

EL GRAN DIOS PAN

(The Great God Pan, 1894)

Considerado por Lovecraft como uno de los cuatro maestros modernos del género, el galés Arthur Llewellyn Machen (1863-1947) es uno de sus escritores predilectos, un «titán» de quien se ufana también en proclamar su parentesco. Nacido en Caerleon-on-Usk, la dorada Isca Silurum de las legiones romanas, más tarde sede de la mítica corte del rey Arturo, su pasado celta gravitó siempre sobre su obra, interesada en mostrar la herencia maligna que nos ha legado el mundo antiguo, y basada en la creencia de que el mundo que nos rodea no es más que la envoltura de otro interior, espiritual y más resplandeciente, que tal vez algún día nos será desvelado, teoría esotérica del cosmos en la que, según Rafael Llopis, «hallaron expresión verbal las emociones numinosas de su niñez».

Voraz lector (Cervantes, Shakespeare, Rabelais, Coleridge, Hawthorne, Quincey, Poe...), catalogador de libros raros en el Museo Británico, meritorio traductor de Casanova y Margarita de Navarra, autor de una extravagante «Anatomy of Tobacco», ocasional actor de teatro, periodista a la fuerza, ocultista de vocación (perteneció a la orden hermética «Golden Dawn», como Stoker, Stevenson, Yeats, Conan Doyle o Blackwood), Machen fue por encima de todo un escritor místico de prosa exquisitamente poética y rigurosa,

«nunca efusiva» según Borges. Un romántico empedernido cuya imaginativa escritura, plagada de formidables pasajes pictóricos, es una búsqueda imperiosa de los misterios que se esconden más allá de la existencia y fuera del tiempo.

Para el escritor de Providence «hay en Machen un éxtasis del “miedo” que los demás seres vivos son demasiado torpes o tímidos para captar y que incluso Poe no logró concebir en toda su anormalidad»; aunque reconoce que «a su prosa le falta la incesante fuerza y el carácter impresionante que convierte cualquier obra de Poe en un delirio concentrado». Lo mejor de su obra reside en sus ambiguos cuentos de terror cósmico, donde, en palabras de H.P.L., el «horror oculto y el espanto soterrado llegan a adquirir una sustancia y una agudeza realistas casi incomparables».

De todas sus historias sobrenaturales la más famosa sin duda es «El gran dios Pan», donde su misticismo naturalista, al estilo de Wordsworth, se transforma en algo mucho más siniestro que nos recuerda que la palabra pánico deriva de Pan. «El encanto de este relato —nos explica Lovecraft— reside en su eficacia. Nadie podría describir el suspense acumulado y el horror definitivo que abunda en cada párrafo sin seguir cabalmente el orden preciso con que Machen va exponiendo sus graduales alusiones y revelaciones». «Su estilo —acabaría confesando humildemente el Abuelo— tiene un ritmo y una música que yo nunca he podido lograr y que ni siquiera puedo imitar sin parecer afectado».

EL GRAN DIOS PAN^[1]

I. EL EXPERIMENTO

—**M**E alegro de que hayas venido, Clarke; de veras me alegro mucho. No estaba seguro de que dispusieras de tiempo.

—Pude arreglar las cosas para unos pocos días. Ahora no hay demasiada actividad. Pero ¿no tienes ninguna duda, Raymond? ¿Estás seguro?

Los dos hombres paseaban lentamente por delante de la hilera de casas que discurría frente a la residencia del Dr. Raymond. El sol estaba todavía suspendido por encima de la cordillera de poniente, pero brillaba con un apagado resplandor rojizo que no proyectaba sombras. El aire estaba en calma. Una brisa fresca venía del gran bosque que se extendía por las laderas de las colinas vecinas, acompañada, a intervalos, del suave zureo de las palomas salvajes. Abajo, en el largo y encantador valle, el río serpenteaba entre las solitarias colinas y, a medida que el sol se ocultaba y desaparecía por el oeste, una ligera neblina, muy blanca, comenzaba a elevarse de sus orillas. El doctor Raymond se volvió bruscamente a su amigo.

—¿Seguro? Por supuesto que sí. En sí misma, la operación es muy simple; podría hacerla cualquier cirujano.

—Y ¿no existe peligro en ninguna otra fase?

—Ninguno. Rotundamente, no existe ningún tipo de peligro físico, te doy mi palabra. Siempre fuiste asustadizo, Clarke, siempre. Pero ya conoces mi historial. Me he dedi-

cado durante los últimos veinte años a la medicina trascendental. Me han llamado curandero, charlatán e impostor, pero todo el tiempo he sabido que me hallaba en el buen camino. Hace cinco años logré mi objetivo, y desde entonces cada día ha sido una preparación para lo que haremos esta noche.

—Me gustaría creer que todo eso es cierto —Clarke frunció el ceño y miró dubitativamente al doctor Raymond—. ¿Estás completamente seguro, Raymond, de que tu teoría no es ninguna fantasía? ¿Que no es una visión, ciertamente espléndida, pero visión al fin y al cabo?

El doctor Raymond se detuvo en su paseo y repentinamente se volvió. Era un hombre de mediana edad, demacrado y flaco, y de tez amarillenta, mas al contestar a Clarke cara a cara sus mejillas se ruborizaron.

—Mira a tu alrededor, Clarke. Puedes ver la montaña y una colina tras otra, cual olas en el mar; bosques y huertas, campos repletos de trigo maduro y prados que llegan hasta los cañaverales del río. Puedes verme aquí a tu lado y oír mi voz. Pero te aseguro que todas esas cosas —sí, desde esa estrella que acaba de brillar en el cielo hasta el suelo firme que pisamos— no son más que sueños y sombras que ocultan a nuestros ojos el mundo real. Existe un mundo real pero está más allá de esta magia y de esta visión, más allá de estas «cacerías en un tapiz, sueños en una carrera», más allá de todo eso, como detrás de un velo. Ignoro si algún ser humano ha alzado alguna vez ese velo; pero sí sé, Clarke, que tú y yo lo veremos levantar esta misma noche, antes que nadie. Puedes pensar que todo esto es un disparate, que es extraño; pero es verdad. Los antiguos sabían lo que significa levantar el velo. Lo llamaban ver al dios Pan.

Clarke se estremeció. La blanca neblina que se acumulaba sobre el río estaba helada.

—Es maravilloso, desde luego —dijo—. Si lo que dices es verdad, Raymond, nos encontramos al borde de un

mundo extraño. ¿Es absolutamente imprescindible el bisturí?

—Sí; una ligera incisión en la materia gris, eso es todo. Un insignificante reajuste de ciertas células, una alteración microscópica que escaparía a la atención de noventa y nueve de cada cien especialistas del cerebro. No quiero darte la lata con una explicación científica, Clarke. Podría darte un montón de detalles técnicos que te impresionarían mucho, pero que te dejarían tan a oscuras como estás ahora. Supongo que habrás leído, de paso, en algún rincón perdido de tu periódico, que la fisiología cerebral ha progresado mucho recientemente. El otro día vi un suelto sobre la teoría de Digby y los descubrimientos de Browne Faber. ¡Teorías y descubrimientos! Se encuentran ahora donde yo me encontraba hace quince años, y no necesito decirte que en los últimos quince años no me he estancado. Bastará que te diga que hace cinco años hice el descubrimiento a que aludí cuando dije que había logrado mi objetivo.

»Después de muchos años de trabajo y fatigas, y de andar a tientas en la oscuridad, después de muchos días y muchas noches de decepción y hasta de desesperación, en que de vez en cuando solía temblar y deprimirme pensando que quizá otros estuviesen buscando lo mismo que yo, por fin, después de tanto tiempo, un escalofrío de súbita alegría estremeció mi alma y comprendí que el largo viaje tocaba a su fin. Por lo que entonces pareció una casualidad, y aún ahora lo parece, el curso de una idea casual siguió los cauces y sendas habituales, que yo había rastreado ya cientos de veces. La gran verdad se alzó ante mí y vi todo un mundo, dibujado con líneas luminosas, una esfera desconocida; continentes e islas, y grandes océanos en los que ningún barco ha navegado (estoy convencido) desde que el hombre levantó por vez primera la mirada y contempló el sol y las estrellas en el cielo, y debajo, la tierra en calma.

»Pensarás que todo este lenguaje es muy enfático, Clarke, pero es difícil ser literal. Y, además, ignoro si las cosas a las que aludo pueden ser expuestas en términos sencillos y corrientes. Por ejemplo, este mundo nuestro está completamente rodeado hoy en día de hilos y cables telegráficos; el pensamiento, a una velocidad algo menor que la de la luz, cruza como una centella del amanecer al crepúsculo, de norte a sur, a través de mares y desiertos. Supongamos que un electricista de hoy en día pudiera darse cuenta de repente de que tanto él como sus colegas han estado sencillamente jugando con guijarros, a los que erróneamente habían tomado por los cimientos del mundo. Supongamos que ese hombre viera un espacio mayor extendiéndose hasta el infinito, y que las palabras de los humanos lo surcasen hasta más allá del sol y de los sistemas más lejanos y que las voces articuladas de los hombres resonasen en el desolado vacío que envuelve a nuestros pensamientos. Sería una analogía bastante buena de lo que yo he hecho.

»Ahora comprenderás un poco lo que sentí aquí cierta tarde. Era una tarde de verano y el valle ofrecía un aspecto muy parecido al de ahora. Me encontraba aquí mismo, viendo ante mí el indecible e inconcebible abismo profundo que se abre entre los dos mundos, el material y el espiritual. Veía cómo se difuminaba la inmensa brecha, vacía y profunda, y en aquel mismo instante un puente de luz saltó de la tierra a la orilla desconocida y el abismo fue salvado. Si quieres puedes consultar el libro de Browne Faber; en él encontrarás que, hasta el presente, los hombres de ciencia eran incapaces de explicar la presencia de un cierto grupo de células nerviosas del cerebro, o de especificar sus funciones. Este grupo es, por decirlo así, *tierra de nadie*, un simple terreno baldío propicio a las teorías más fantásticas. Yo no me encuentro en la situación de Browne Faber y demás especialistas; estoy perfectamente instruido en lo referente a las posibles funciones de esos centros nerviosos dentro del esquema general. Con un simple toque puedo

ponerlos en funcionamiento; con un toque, digo, puedo liberar la corriente; puedo consumir la comunicación entre el mundo de los sentidos y... Más tarde podremos completar la frase. Sí, el bisturí es necesario; pero piensa en lo que ese bisturí «puede hacer. Arrasará completamente la sólida barrera sensorial y probablemente por vez primera desde que el hombre fuera creado, un espíritu podrá contemplar el mundo espiritual. Clarke, ¡Mary verá al dios Pan!

—Pero ¿no recuerdas lo que me escribiste? Creía que era necesario que ella...

El resto lo susurró al oído del doctor.

—De ninguna manera. Eso es una tontería, te lo aseguro. Realmente, es mejor así. Estoy completamente seguro de eso.

—Piénsatelo bien, Raymond. Es una gran responsabilidad. Algo puede ir mal y en ese caso serías un desgraciado el resto de tus días.

—No, no lo creo; ni aunque sucediera lo peor. Como sabes, saqué a Mary del arroyo, librándola de una casi segura inanición, cuando todavía era una niña. Pienso que su vida me pertenece, que puedo utilizarla como juzgue conveniente. Vamos, se está haciendo tarde. Será mejor que entremos.

El doctor Raymond fue el primero en entrar a la casa, después de atravesar el vestíbulo y descender a un largo y sombrío pasadizo. Sacó una llave de su bolsillo y abrió una pesada puerta, indicando a Clarke con la mano que entrara en su laboratorio. Antes había sido una sala de billar y estaba iluminado por una cúpula acristalada en el centro del techo, donde todavía brillaba una triste luz grisácea sobre la figura del doctor, mientras éste encendía una lámpara de gruesa pantalla y la colocaba sobre una mesa en el centro de la habitación.

Clarke miró a su alrededor. Apenas quedaba un palmo de pared libre; la habitación estaba cubierta de anaqueles cargados de botellas y frascos de todas las formas y colo-

res; y en un extremo había una pequeña librería Chippendale. Raymond señaló hacia ella.

—¿Ves este pergamino de Oswald Crollius? Fue uno de los primeros en mostrarme el camino, aunque no creo que él mismo llegara a descubrirlo. Ésta es una de sus extrañas sentencias: «En cada grano de trigo yace oculta el alma de una estrella».

Había pocos muebles en el laboratorio. La mesa del centro, consistente en una losa de piedra con desagüe en una de sus esquinas, y los dos sillones en donde se sentaron Raymond y Clarke. Eso era todo, a excepción de un extraño sillón al fondo de la habitación. Clarke lo miró y alzó las cejas.

—Sí, ése es el sillón —dijo Raymond—. Podemos colocarlo también en posición.

El doctor se levantó, acercó el sillón a la luz y empezó a subirlo y bajarlo, a hacer descender su asiento, a graduar su respaldo y a ajustar el apoyo de los pies. Parecía bastante cómodo, y Clarke pasó la mano por su suave terciopelo verde, en tanto el doctor manipulaba las palancas.

—Ahora ponte cómodo, Clarke. Me queda todavía un par de horas de trabajo; me vi obligado a dejar ciertos detalles para el final.

Raymond se dirigió a la losa de piedra y Clarke observó sin interés cómo se inclinaba sobre una hilera de frascos y encendía una llama bajo el crisol. El doctor tenía una pequeña lámpara de mano, con una pantalla como la otra, sobre una repisa por encima de sus aparatos, y Clarke, que estaba sentado en la oscuridad, contemplaba la vasta y triste habitación, asombrado por los extraños efectos de la brillante luz en contraste con las indefinidas tinieblas. Pronto tuvo conciencia de un extraño olor dentro de la habitación. Al principio sólo fue una simple impresión; pero, a medida que fue en aumento, le sorprendió que no le recordara en nada a una farmacia o una clínica.

Clarke trató en vano de analizar esa sensación y empezó a pensar, casi inconscientemente, en un día, quince años atrás, en que se había dedicado a vagabundear por bosques y prados, cerca de su antiguo hogar. Era un día abrasador, a principios de agosto. El calor difuminaba el contorno de todas las cosas y borraba las distancias con una ligera calina. La gente que observó el termómetro habló de un registro anormal, de una temperatura casi tropical. Aquel maravilloso día de calor de hacía quince años brotó inesperadamente en la memoria de Clarke. La sensación de la deslumbrante luz solar invadiéndolo todo parecía ocultar las sombras y luces del laboratorio, y Clarke sentía de nuevo en el rostro las ráfagas de aire cálido, veía el débil resplandor que se elevaba del césped, y oía los innumerables rumores del verano.

—Espero que el olor no te moleste, Clarke; no existe nada malsano en él. Tal vez te dé un poco de sueño, eso es todo.

Clarke oyó las palabras con toda claridad, y sabía que Raymond le estaba hablando, pero por más que lo intentó no pudo despertar de su letargo. No podía pensar más que en el solitario paseo que diera quince años atrás. Fue la última vez que contempló los campos y los bosques que conocía desde niño, y ahora todo ello aparecía ante él, brillantemente iluminado, como en un cuadro. Sobre todo, llegaba a su olfato el aroma del verano, el perfume entremezclado de las flores, la fragancia de los bosques, el frescor de los rincones sombríos, en lo más profundo de los verdes abismos, extraído por el calor del sol; y todo lo dominaba el aroma de la buena tierra, extendiéndose, por así decirlo, con los brazos estirados y una sonrisa en los labios. En su fantasía vagaba, como lo hiciera tiempo atrás, desde los campos al bosque, siguiendo un pequeño sendero entre la brillante maleza de las hayas; y en su sueño, el goteo del agua cayendo de la roca caliza sonaba cual diáfana melodía.

Sus pensamientos comenzaron a extraviarse y a mezclarse con otros recuerdos; el paseo de hayas se convirtió en un sendero de encinas, en el que, de vez en cuando, una parra cargada de uvas purpúreas trepaba de rama en rama con sus ondulantes zarcillos, y las escasas hojas gris-verdosas de un olivo silvestre se recortaban contra las oscuras sombras de las encinas. En los profundos recovecos de su sueño, Clarke se daba cuenta de que el sendero procedente de la casa de su padre le había conducido a un país desconocido y, mientras se asombraba de lo extraño que era todo, de repente, en lugar del zumbido y el susurro del verano, un silencio infinito pareció descender sobre todas las cosas. El bosque enmudeció y, por un momento, permaneció cara a cara frente a una presencia que no era ni hombre ni bestia, ni vivo ni muerto, sino una mezcla de todo, la forma de todas las cosas pero desprovista de forma. En aquel mismo instante se disolvió la comunión entre cuerpo y alma, y una voz pareció gritar: «Vámonos de aquí». Entonces surgió la oscuridad de las tinieblas más allá de las estrellas, la oscuridad de lo eterno.

Clarke despertó sobresaltado y vio que Raymond vertía unas cuantas gotas de un fluido aceitoso en un frasco verde que tapó herméticamente.

—Has estado echando una cabezada —dijo—. El viaje te ha debido fatigar. Todo está listo. Voy a buscar a Mary; volveré dentro de diez minutos.

Clarke volvió a su sillón y se puso a meditar. Era como si hubiese pasado de un sueño a otro. Estremecido por sus fantasías oníricas, casi esperaba ver disolverse y desaparecer las paredes del laboratorio y despertar en Londres. Pero por fin se abrió la puerta y regresó el doctor, seguido por una chica de unos diecisiete años, toda vestida de blanco. Era tan hermosa que Clarke no se extrañó de lo que el doctor le había escrito. Su rostro, cuello y brazos se ruborizaron, mientras Raymond permanecía impassible.

—Mary —dijo el doctor—, ha llegado el momento. Eres completamente libre. ¿Estás dispuesta a confiar plenamente en mí?

—Sí, querido.

—¿Has oído eso, Clarke? Eres testigo. Aquí está el sillón, Mary. Es muy cómodo. Siéntate y reclínate hacia atrás. ¿Estás preparada?

—Sí, querido, del todo preparada. Dame un beso antes de empezar.

El doctor se inclinó y la besó en la boca, cariñosamente.

—Ahora cierra los ojos —dijo.

La joven entornó los párpados, como si estuviera cansada y deseara dormir, y Raymond acercó el frasco verde a sus fosas nasales. Su rostro se puso blanco, más blanco que su vestido; se agitó débilmente y luego, con un gesto de profunda sumisión, cruzó los brazos sobre el pecho, como un niño a punto de rezar sus oraciones. La radiante luz de la lámpara caía de lleno sobre ella y Clarke observó fugaces cambios en su rostro, al igual que ocurre en las colinas cuando las nubes de verano pasan delante del sol. Luego se quedó inmóvil y pálida, y el doctor levantó uno de sus párpados. Estaba completamente inconsciente. Raymond presionó con fuerza una de las palancas y al momento el sillón se inclinó hacia atrás. Clarke pudo ver cómo le rapaba un círculo en los cabellos, a modo de tonsura, y le acercaba más la lámpara. Raymond cogió un reluciente instrumento de su pequeño estuche y Clarke volvió el rostro, estremecido. Cuando miró de nuevo, el doctor estaba ya vendando la herida.

—Despertará dentro de cinco minutos —Raymond permanecía completamente sereno—. No queda más por hacer; únicamente esperar.

Los minutos transcurrieron lentamente y ambos amigos pudieron escuchar un lento y pesado tic-tac. Era el viejo reloj del pasillo. Clarke se sentía enfermo y mareado; le temblaban las rodillas y apenas podía mantenerse en pie.

De repente oyeron un profundo suspiro: el color perdido volvió a las mejillas de la joven y sus ojos se abrieron. Clarke se acobardó al verlos. Brillaban con una luminosidad atroz, mirando a la lejanía, mientras su rostro reflejaba un gran asombro y extendía los brazos como para tocar algo invisible. Pero, en un instante, el asombro se desvaneció, dejando paso al más espantoso terror. Los músculos de su rostro se contrajeron horriblemente y se puso a temblar de la cabeza a los pies; su alma parecía forcejear y estremecerse dentro de su morada carnal. Era una visión horrible y Clarke se abalanzó sobre ella cuando la vio caer al suelo, gritando.

Tres días después, Raymond llevó a Clarke junto a la cabecera de Mary. La joven yacía completamente despierta, girando la cabeza de un lado a otro y sonriendo distraídamente.

—Sí —dijo el doctor, completamente sereno todavía—, es una verdadera pena; se ha convertido en una irremediable idiota. Sin embargo, no ha podido evitarse; aunque, después de todo, ha visto al gran dios Pan.

II. MEMORIAS DEL SEÑOR CLARKE

El señor Clarke, caballero elegido por el doctor Raymond como testigo del extraño experimento del dios Pan, era una persona en cuyo carácter se mezclaban singularmente la cautela y la curiosidad. En sus momentos de sensatez, rechazaba con franca aversión tanto lo insólito como lo excéntrico, y, sin embargo, en lo más profundo de su corazón, sentía una ingenua curiosidad por los elementos más recónditos y esotéricos de la naturaleza humana. Esta última tendencia es la que había prevalecido cuando aceptó la invitación de Raymond; pues, aunque su buen juicio había repudiado siempre las teorías del doctor, considerándolas

como un disparate de lo más delirante, creía secretamente en las cosas más fantásticas, y le habría complacido ver confirmada esa creencia. Los horrores que había presenciado en el tenebroso laboratorio fueron, hasta cierto punto, saludables; tenía conciencia de estar mezclado en un asunto muy poco digno, y durante muchos años después se aferró firmemente a todos los lugares comunes, rechazando cuantas ocasiones se le presentaron de indagar en lo oculto. Efectivamente, en virtud de algún principio homeopático, asistió durante algún tiempo a las sesiones de eminentes médiums, esperando que los burdos trucos de estos caballeros le indispusieran contra cualquier clase de misticismo. Pero el remedio, aunque cáustico, no fue eficaz.

Clarke sabía que anhelaba todavía lo oculto; y, poco a poco, volvió a reafirmarse la vieja pasión, a medida que el rostro de Mary, estremecido y convulso por un terror incognoscible, se desvanecía lentamente de su memoria. Ocupado todo el día en trabajos serios y a la vez lucrativos, la tentación de relajarse al anochecer era demasiado grande, especialmente en los meses de invierno, cuando el fuego despedía un cálido resplandor en su cómodo piso de soltero y tenía al alcance de la mano una botella de selecto clarete. Una vez digerida la cena, simulaba leer el periódico de la tarde; pero pronto le cansaba la simple enumeración de las noticias y no tardaba en arrojar ardientes miradas de deseo hacia un viejo escritorio japonés, que se hallaba a poca distancia de la chimenea. Como un niño ante una alacena llena de tarros de mermelada, durante unos pocos minutos vagaba indeciso; pero siempre prevalecía su deseo y terminaba por acercarse a su silla, encender una vela y sentarse ante el escritorio. Sus casillas y cajones rebosaban de documentos acerca de los temas más morbosos, y en el fondo reposaba un enorme volumen manuscrito en el que había anotado laboriosamente las joyas de su colección. Clarke sentía un ligero desprecio por la literatura publicada; el cuento más espectral dejaba de interesarle en cuanto se